

Estampas desde un balcón sanjuanero

por

Mary McHale Wood

Un gruñido de alas resuena
en la calle del Cristo
y de las palomas subiendo
flota una lluvia de plumas
en su lerda estela.

Trinitarias hacen declaraciones en rojo
en el balcón al otro lado de la calle,
su edificio pintado más sutil del cielo;
canarias cuelgan sus cabezas amarillas pesadas
y lloran un pétalo o varios

a través de las barrandas elaboradas como encaje
y la cinta roja latina que estrangula
zonas históricas y monumentos (tumbando árboles
de siglos y poniendo huevos de cemento
para pavimentar la isla por el Año 2000).

El aire está desgarrado por la trompa Cunard,
realeza caribeña genérica en cruceros,
cada uno un palacio o una clínica del mar
brotando olas de turistas
flamboyantes en ropa de catálogo

a las calles adoquinadas en azul colonial
coaguladas con cuerpos atados a cámaras
y bolsas de compras; tan decisivos como las hojas en el viento
se arremolinan por las puertas arqueadas
que echan ráfagas de aire frío,
alrededor de un grumo de gente.

Independentistas protestan:

"Libertad o muerte!"

No quieren quedarse con sólo la Budweiser
pero ellos y su pueblo, consumidores consumados,
están guiándose a la auto-destrucción.

Mercedes DAT-805 tiene una barra en el baúl
donde un macho mezcla un rón gigantezco
para afilar sus ruedas, mientras una mujer
se cuelga a sí misma en su guardarropa
cuando un apagón encierra la ciudad;
El compañerismo de la madrugada es instantáneo.

Como un imán, el pordiosero atrae
manadas de gente que mira a las heridas
que él cultiva en sus piernas, úlceras fermentando,
nutridas para avergonzar a su familia
y repelarnos al último instante.

Somos polos opuestos que no se pueden encontrar
porque son tan cercanos.
Allí vamos nosotros si no fuera por el amor de dios...
¿Basta una peseta? ¿o es demasiado?
nos preguntamos más tarde cuando le vemos

cojear en la calle rumbo al banco.
Carmen la Flor ha heredado un banco
en la plaza del rui señor
pero sus cólegas la mantienen trasnochada
y gruñe a su café en el Cafetín Manolín.

Ruiseñores tienen mejores modales,
cada uno una manada para cantar la tarde afuera,
exuberantes como el hongo, las flores
y las frutas de fábula, guineos manzanos y pomarrosas,
leche y miel pudriéndose en los árboles.

Balcón sanjuanero/McHale Wood/3

El primer día en el Viejo San Juan
paseé por una película, las estrellas
fingiéndome comer en un café al aire;
periferal a su constelación, un joven
cadáver en una sábana blanca luminosa,

su hoyo de bala nítido en en la esquina de Luna
o quizás Sol, pero el sol es demasiado brillante
para ser un enigma en las calles por esos nombres.

Camino ahora en un sinfín de fotografías
tiradas por turistas quienes tienen que editarme

con los cables estrangulando cada ^{los panoramas} vista, y
la basura amontonando en las aceras al amanecer,
con los cadáveres - distinguidos de los vivos
por sus huellas y reconocimiento de la fila de sopa -
mientras La Fortaleza se asoma, pintoresca y abstraída.

Una canasta rebota bajando en una cinta
de otro balcón infestado con comején
hambriento por la madera y los libros,
mientras la aroma de jugo de china al son del merengue
está servido en la brisa atlántico.

En los caminos de monjas y sendas de santos,
el tink-tink de domino viene de hombres hechos vagos
en plazas bordadas por tráfico olímpico;
cuando una guagua choca con auto mal estacionado,
el chófer recibe aplausos.

Un halcón erra al Viejo San Juan
pero pronto vira sus alas para desgarrar una hendedura
en el cielo, planando su regreso a las montañas barbudas en verde
donde las garzas blancas se preparan para un banquete
de pulgas en las espaldas de las vacas negras,

donde los techos son como sombreros atados
a sus casas por si a caso viniera un huracán,
y lagartijos son visitantes para aterrorizar o entretener.
Las montañas son sombras mudas de azul y gris
desde la ciudad cuyas artistas tratan de escapar.

Un hombre, ahora sin nombre, se arregla como basura
acunada en la puerta adueñada hace años;
cuando él viajó en sus anhelos y se ahogó
en una ciudad cuyas palomas dar posada como acentos
en los edificios y letreros en las calles copetudas.

Perros hacen eco, atados a sus amos,
la lancha a Cataño deja una estela de matraqueo,
y una copa estrella en los adoquines
mientras un canto gregoriano
sube, flotando arriba para mezclarse con las plumas.